

Rastros de un Saltarín

por MANUEL CARRERA

Al médico argentino Ernesto Guevara de la Serna (Caracasay, 1928 - La Higuera, Bolivia, 1967) lo ha conocido medio mundo como "el che", y constituye el más completo representante del color revolucionario de los sesenta, o como quienes se lo dicen, llamado. Visto hoy, el peso de su insólita carrera en la política latinoamericana ha dado lugar a miles de renglones que retratarán su vida íntima, y se figura que en su momento tanto la multitud como el gobierno de los países de consumo, es decir, carismas, ciñidos éticos, chaparros, sin olvidar el espíritu castel con su silbato negro sobre fondo rojo chilén. Pero esas especulaciones a la popularidad no hacen palidecer el legado de los rasgos humanos de su existencia cuando vivió, relatada por la mano de su padre en *Mi hijo el Che*, ni el atractivo, hasta que lo pases, de encontrarnos con la otra cara del guerrillero, con la del vivancho, titubencia, próstima y corazón humano cuando se manifestaba en la política personal de los fragmentos de algunas cartas recogidas en *Aquí va un soldado de América*, en la confianza y franqueza de unas cuantas líneas dirigidas a la madre, a una sin quererle o a una amiga del alma.

Según suele suceder en las biografías, la necesidad de contar una vida inclina a regularizarla de acuerdo con una coherencia donde queda escasa margen para los episodios que pudieran denotar la complejidad de sus propias construcciones. Más aún, si el autor declara que "para comprender todo eso que entonces no comprendía, desgraciadamente he necesitado que pasara mucho tiempo y pasar muchas horas reflexionando", este resultado más inteligente facilitará la lectura de *Mi hijo el Che*, permitiéndonos leer una vida conocida de otros, las peripecias y desventuras del legendario comandante del ejército revolucionario de Fidel Castro, dejándonos a los pensamientos que fraguaron su camino ideológico, pero acabará dejando que el lector tenga que buscar bastante para ver los cubos azules del personaje oficial que ya la historia y la mitología de uno y otro signo se han superpuesto en la vida. Sin embargo, si a simple vista todo calza, de pronto resulta agradable que el Che se viera haber en su afán al golf y al rugby, porque no le gusta el béisbol y es proclive a la grafología, o que cuando estaba una fábrica de aviones, se le dio de alto con paciencia, lo gustó el queso vive el espíritu de postular el nombre "Anita", tan preciso, y debe imaginarse a establecido por una descalificación: "Vendaval".

Ernesto Guevara de la Serna terminó su carrera de médico en 1952 y empezó la de combatiente a finales de 1956 junto a las rebeliones cubanas que fueron con la dictadura del sanguinario Batista en 1959. Al período que abarcan estos dos últimos pertenecen los meses de correspondencia de *Aquí va un soldado de América*, palabras que desde México o Guatemala están marcadas por un espíritu optimista, escritas en un lenguaje tan sencillo como pulido, rebalsado de pasión, diáspora, despreocupadas de ver el sol en la mañana siguiente, sin preocupar más de la guerra los combates con los compañeros entre dominantes y dominados, incluso con un apuro sentido del humor para discurrir una gota de pintura en la boca de una carta. "Las manchas no son manchas de sangre, sino jugo de tomate". Falta de materialismo, humor y desparpajo que permite la correspondencia cuando su destino coincide con visiones de familia o de amistad y que también la muestra humanamente convida: "Faltaban almuerzos", un edicto al mare; "el tiempo me sobra", cuando Latinoamérica de cabo a cabo; "le escribo a la mamá", pues sin duda permaneceré siempre un esposo un hijo feliz. Por eso el fresco que permite quejarse del clima por el cual que padecía desde niño, de las alergias insuperables, de la hipocresía del mundo mientras atiende a una vida colateral a quien ha conocido en una fonda de Valparaíso, o a otras, sobre su cuenta más, "una



valor de los meses autobiográficos, resacas y recortes epistolares, sobre los cuales se autoriza el granado *Mi hijo el Che* y seleccionando unos cuantos en las páginas de *Aquí va un soldado de América*. Los volúmenes incluyen una buena dosis de fotografías comunes y corrientes, sencillas y no muy conocidas, lo que aumenta la curiosidad en estarlos un vistazo. Un detalle ha sido no poner la famosa imagen, balsa revolucionaria con estrella en la frente y pelo al viento, que llevó en 1960 Alberto Díaz Contreras, reproduciendo desde entonces hasta decir basta. Una fotografía, cuyo nombre artístico es Korda, ganó un premio por haberla utilizado sin su consentimiento en una campaña publicitaria. En la última del estilo Strenoff.



MI HIJO EL CHE

Ernesto Guevara Lynch. Plaza & Janés, Barcelona, 2000. 377 páginas.

AQUÍ VA UN SOLDADO DE AMÉRICA

Ernesto Guevara Lynch. Plaza & Janés, Barcelona, 2000. 156 páginas.

Muebles Etruscos

COMEDOR TRESADA
\$63.000



SALA
NUDO
\$192.000



Rastros de un saltarín [artículo] Manuel Corrada.

Libros y documentos

AUTORÍA

Corrada, Manuel

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Rastros de un saltarín [artículo] Manuel Corrada. il., retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile